

La Sociedad Económica, la sociedad civil

Justo Serna

1. Para mí siempre es un honor estar en la presentación de un libro. Detrás del volumen, de todo volumen logrado, hay un esfuerzo y hay una perseverancia material que finalmente se consume, una tarea creadora, analítica o reflexiva. Leer lo que otros escriben valiéndose del discernimiento, de la razón y de la audacia me produce una gran felicidad. Así lo siento y así lo digo.

Acaba de publicarse *Ilustración y progreso: la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia (1776-2009)*, coordinado por Nicolás Bas y Manuel Portolés. Lo edita la propia Sociedad Económica con fecha de 2010. El honor que se me hace invitándome a participar en la presentación de dicha obra es muy grande. Por razones académicas y por razones personales, que luego revelaré. El volumen tiene diecisiete autores, entre los que me encuentro. Que uno hable en representación de sus compañeros es un compromiso y es una suerte: siempre podré alabar una obra de la que no soy enteramente responsable.

2. La RSEAPV es una institución doblemente centenaria, una corporación fundada en pleno Iluminismo. Como sucede también en otras ciudades de la España borbónica. Según destaca Francisco Oltra, su director, aún sigue viva y quiere seguir siendo un núcleo de reflexión sobre la sociedad valenciana: quienes la integran, los que la formamos, queremos que se mantenga como un centro de información y de erudición, un organismo preocupado por el espacio público y por la marcha de la Comunidad Valenciana. Estos objetivos tan provechosos son raros en una tierra que fácilmente desecha parte de su patrimonio con la excusa de la modernidad y la edificación. En fin.

La Económica es un lujo del que todos nos beneficiamos. Por ejemplo, su archivo y su biblioteca son un tesoro documental, dos siglos de libros y de expedientes, de cajas y papeles que recogen la vida cosmopolita de la Valencia contemporánea. Todo investigador debidamente acreditado puede consultar

sus fondos. Es una comodidad y es también una invitación: al conocimiento, al saber. Nadie puede pretextar ignorancia teniendo las facilidades que la RSEAPV proporciona.

Pero regresemos al libro que nos ocupa. Este volumen ayuda a entender parte de lo que hoy nos pasa. Es una investigación y una reflexión sobre las elites y el liderazgo social en Valencia. Es una pesquisa sobre la modernidad y sus frutos, sobre los avances y sus desarreglos, los desajustes de la sociedad civil: una pesquisa que evita los sectarismos y los malos usos. En realidad, este libro funciona como un reloj. Dicha imagen es muy dieciochesca, pues como leemos en *La Enciclopedia*, de Diderot y D'Alembert, una investigación no es una especulación y así todo observador debe aclarar “las causas en la medida de sus posibilidades, a menudo las previene, y se entrega a ellas con conocimiento: es, por así decirlo, como un reloj, que se da cuerda a sí mismo”. Los autores de este libro hemos intentado darnos cuerda para que nada nos perturbara, para que la investigación marchara; pero los compiladores, los coordinadores, han sido nuestros relojeros de guardia, quienes han velado para que la máquina no dejara de funcionar. Creo que debemos estarles agradecidos.

3. Cuando pienso en la RSEAPV inmediatamente me viene a la cabeza la expresión “sociedad civil”. No es extraño. La sociedad civil es el espacio de los particulares que se hacen mutuamente accesibles. Es un logro moderno: la consumación de la esfera pública. Indicaba Jürgen Habermas que dicha esfera es el punto en donde los particulares se reúnen como público para hacer uso de la razón. Vale decir: es el lugar en el que hacernos copartícipes de experiencias y de expectativas, el ámbito en el que comunicarnos e informarnos, transfiriendo datos y valoraciones que difundimos para provecho personal y general.

En el artículo 1º de los estatutos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia puede leerse: “La Sociedad Económica ha sido históricamente definida como una reunión de amigos”. Es ésta una bellísima fórmula, antigua, que alude a la sociabilidad, a la interacción. En la voz “Sociedad” de *La Enciclopedia*, de Diderot y D'Alembert, se nos dice: “Si atendemos a nuestras inclinaciones comprobaremos igualmente cómo nuestro

corazón se inclina naturalmente a desear la compañía de nuestros semejantes”. Con ello evitamos, evidentemente, la soledad: ese estado de abandono y postración que padece quien no dispone de amigos, según se insiste en *La Enciclopedia*. Reunidos, podemos expresar nuestros acuerdos y nuestras discrepancias, pero sobre todo podemos hacer uso de la razón, de la ciencia, provocando un efecto.

“La ciencia tiene un nuevo sentido cuando puede proyectarse hacia los demás, y no hay mayor alegría que cuando se la puede hacer resplandecer ante los ojos de nuestros semejantes o difundirla ante el espíritu de un amigo; se refuerza con la comunicación, porque a nuestra propia satisfacción se añade la agradable impresión que causamos en los demás, y gracias a ella los aproximamos a nosotros para el futuro”.

Si nos fijamos, no hay mejor descripción del objeto de la Sociedad Económica que la que se precisa en *La Enciclopedia*. La sociabilidad que entraña la reunión de amigos rinde frutos materiales y emocionales, porque ese grupo humano tiene un objeto: el país, la prosperidad. Desde su fundación en 1776, la RSEAPV manifiesta varios propósitos: el de “estimular la práctica de la virtud”, leemos en primer lugar; y el de “promover la ilustración general y la riqueza pública”.

En el siglo XVIII, por toda Europa y América se desarrollan nuevas formas de sociabilidad, gentes que se reúnen precisamente para compartir descubrimientos provechosos, sorpresas técnicas, lenguajes que designan de otro modo la realidad. También entonces, *en el principio fue el verbo*. Hay que hacer un esfuerzo de imaginación y situarse en el Setecientos. El mundo cambia y los eruditos, los analíticos y los emprendedores advierten el trastorno cultural. Leo, por ejemplo, en el último volumen de Tony Judt lo siguiente: “En la Francia de finales del siglo XVIII, por ejemplo, cuando el Antiguo Régimen se tambaleaba, los desarrollos más significativos en el escenario político no fueron los movimientos de protesta o las instituciones del estado que trataron de atajarlos. Más bien se produjeron en el propio lenguaje. Los periodistas y los panfletistas, junto con algún administrador o sacerdote disconforme, estaban forjando una nueva retórica de acción colectiva a partir de un lenguaje más antiguo de justicia y de derechos populares”. En efecto, los desarrollos más

significativos se estaban dando entre los observadores del cambio, entre quienes debían avizorar el porvenir para nombrarlo.

Prácticamente lo mismo podría predicarse de España, un país en el que clérigos perspicaces, nobles eruditos y burgueses avisados inventaban o ensayaban un lenguaje nuevo con el que designar los hechos que vertiginosamente sucedían. La Monarquía amparaba la reflexión de los particulares, sobre todo para asimilar y frenar la revolución intelectual que venía de Francia, esa que favorecía por ejemplo *La Enciclopedia*. Como allí, sociedades, salones, cafés, academias *daban lugar*: es decir, daban espacio y posibilidad. Proliferarán las asociaciones voluntarias integradas por las elites locales, asociaciones alternativas a las viejas comunidades de pertenencia, propias de la sociabilidad estamental: las familias, las iglesias, los gremios...

Las nuevas sociedades son el espacio del intercambio, de la razón, de la tolerancia. Y es en esas asociaciones en las que se piensa y se discute sobre el fomento de la prosperidad material y de la felicidad pública. Fomento, prosperidad, felicidad: son expresiones del Setecientos y son parte de un ideario general que se basa en la Ilustración y en el Progreso. Ilustración: esto es, luces, uso de la razón, del discernimiento, audacia de pensar por uno mismo, sin amparos, como postulara Kant. Progreso: vale decir, expectativa de mejora, de avance material y moral en un proceso histórico dilatado en el que se irán sorteando los obstáculos.

Las Sociedades Económicas son entonces, y siguen siendo ahora, centros de reflexión, de influencia, de información y de difusión del saber: lugares de lectura pública y de intercambio. O, en otros términos, círculos en los que propietarios y eruditos, burgueses y emprendedores del Setecientos, del Ochocientos... discuten sobre innovaciones técnicas y sobre saberes enciclopédicos para el fomento de la riqueza y de los intereses. Se benefician y a la vez creen beneficiar a sus compatriotas. Así eran y así se expresaban: como gentes de provincia bien abiertas, *letraheridos* y cosmopolitas a la vez, ocupados y preocupados, miembros de sociedades patrióticas. Interesados por la agricultura, por la industria, por el comercio veían un porvenir distinto.

Estamos en un período de transición del Antiguo Régimen al sistema liberal. La propiedad no es sólo una herencia. Es la base de una riqueza que puede y debe aumentarse. Y ciudadanos distinguidos de Valencia, con su

Sociedad Económica, se proponen el cambio, el premio a la innovación: propiamente el concurso. Es la vida concebida como una competición o como un certamen en el que ensayar, probar, exponer. Exponer es mostrar, pero también entraña una acepción de riesgo: es exponerse, comprometerse, hacer públicas nuestras ideaciones o elaboraciones. El público observa y un selecto comité juzga. Allí, en los salones de la RSEAPV, se exponen los adelantos y se exponen los propios socios, se comprometen. Los certámenes son acicate y son también la vitrina de las mejoras materiales. Cultivar el talento y galardonar la audacia: ésos eran los objetivos de la RSEAPV en una ciudad mediana pero receptora de las benignas influencias europeas.

Para ser justo con los autores de este volumen que recoge la historia de La Económica debería extenderme más. Debería extenderme sobre lo que la RSEAPV me sugiere, sobre lo que la Sociedad de Valencia hizo en el ámbito de los intereses materiales. En realidad, mis palabras sólo son una invitación: una invitación a leer las páginas de este libro. En ellas encontraremos las claves de una sociedad que piensa y que ayuda cambiar, una corporación que fue y es centro de discusiones e primicias. En este volumen hallaremos hechos, episodios, momentos, logros que los autores de esta obra analizan y detallan: entre otros, por ejemplo, el fomento de la agronomía para la mejora de las explotaciones agrarias; o también la innovación en el ramo de las manufacturas, en especial en el sector de la seda, de la hilatura, con métodos europeos que la información y el estudio favorecían; o asimismo los ensayos de nuevos productos, importados y favorecedores de la economía local, como el guano; o por supuesto, la fundación de la Caja de Ahorros de Valencia, en 1878, institución de crédito e institución moralizadora.

Son iniciativas burguesas de los siglos XVIII y XIX que encabezan el barón de Santa Bárbara, Francisco de Llano o Juan Navarro Reverter entre otros muchos. Y son mejoras que la elite se propone: los mismos círculos distinguidos que a la vez ocupan los puestos de gobierno locales y que se benefician de los adelantos urbanos que promocionan: la conducción de las aguas potables, la instalación del tendido ferroviario a mediados del Ochocientos, etcétera. Y ahí la figura de José Campo sobresale...

4. Pero digo José Campo e inmediatamente me viene a la cabeza la anécdota personal que al principio anunciaba y de la que parte mi intervención. Confío en que se me perdone este tono confesional. El primer encuentro que mantuve con la RSEAPV sucedió hace treinta años, en el otoño de 1980, cuando Anaclet Pons y yo acudimos a su sede: íbamos inducidos y muy bien aconsejados por dos de nuestros profesores, Pedro Ruiz Torres y Alfons Cucó (ya desaparecido). Queríamos buscar el rastro de los burgueses de Valencia, queríamos encontrar sus huellas. Fue nuestra primera visita a un archivo y fue, claro, un deslumbramiento.

Una parte de la historiografía de entonces lamentaba la falta de eso; deploraba la ausencia de una burguesía local, hecho del que derivarían nuestro atraso económico o la falta de cohesión social. Nosotros no estábamos tan convencidos de dicha conclusión, entre otras cosas porque la visita al archivo, a los archivos, podía desmentir esa hipótesis. Sospechábamos que a mediados del Ochocientos emprendedores muy avisados y mundanos se habían hecho dueños del poder local y de la influencia urbana en la Valencia rica de entonces. Ernest Lluch ya nos había dado pistas...

Fuimos a la Plaza de Nules, de Valencia. Allí, en la antigua sede de La Económica, encontramos un archivo riquísimo, catalogado por Francisca Aleixandre, y hallamos una biblioteca que albergaba volúmenes modernos, esos libros que los socios leían y comentaban, esas obras que eran portadoras de información, de datos, de saber. El mundo burgués estaba en aquellos salones, tan distinguidos. Cada tarde, cuando acudíamos, teníamos la impresión de habernos trasladado a otro tiempo, a otro siglo, sentados a la mesa noble de la Sociedad.

Recuerdo el frío que pasábamos y la estufa de butano que escasamente nos entonaba. Soportábamos una temperatura que imaginábamos propiamente decimonónica. Nuestra primera sorpresa no fue hallar papeles y libros del XIX, cosa que esperábamos. Nuestra primera sorpresa fue encontrar a dos jóvenes profesores que, a pie de archivo, estaban documentándose, consultando expedientes. Lo hacían con un alborozo contagioso que les notábamos. Eso era la aventura de la investigación, nos decíamos. ¿Quiénes eran aquellos pioneros del archivo de La Económica? Telesforo Hernández y Salvador

Albiñana. Allí estaban, como nosotros, descubriendo con placer textos, impresos y manuscritos de eruditos, de proyectistas, de reformadores.

Treinta años después podemos considerar que aquellos Amigos, los profesores que nos aconsejaron y los profesores que allí encontramos, son una parte de los amigos, nuestros y del País. Les debemos mucho. *Ilustración y progreso*, este libro que sintetiza la historia de la Sociedad Económica, es un presente, un presente en el doble sentido de la expresión: es el obsequio material y humano que la corporación entrega a la sociedad y la contraprestación que se merecen los socios, los pioneros; y es presente en el sentido de momento actual, justamente la historia que aún está por consumarse, la de una sociedad civil que progresa y que debe mucho a la ilustración perspicaz.

Muchas gracias.